

# La saludable relatividad de las políticas culturales

por Thomas Lowy

I.

Bien se sabe que luego de mucho andar entre valores culturales propios y ajenos, de buscarlos en los misteriosos laberintos de la capacidad creadora propia y ajena, no es fácil encontrar certezas. Otro tanto sucede con la gestión cultural estatal, ya sea desde un municipio o desde un ministerio. Los emprendimientos culturales no suelen ser previsibles, navegan en la fragilidad y la inseguridad propia de su condición de intérpretes de la gente. En consecuencia, las políticas aplicadas desde el Estado a esos emprendimientos han de manejarse con cautela, evitando las definiciones totalizadoras que han demostrado su poder de neutralización expresiva de los pueblos.

*"Relativo*—cuenta un viejo diccionario— *se aplica a las cosas que dependen o resultan de su relación o comparación con otras.*" Y pone como ejemplo la frase *"todo éxito tiene un valor relativo"*. Los diccionarios saben ayudar.

Cada política cultural dependerá del momento histórico en que se desarrolla, del lugar en que se articula y de los receptores a quienes se dirige en cada uno de los emprendimientos. De la dinámica social, en definitiva. Todo se mueve, todo cambia y se transforma. Su ritmo es más acelerado que nuestra capacidad de percibir esos cambios. Sus alcances superan nuestras pretensiones voluntaristas de encauzarlos para optimizar esfuerzos.

Cualquier administrador debe diseñar su política, jugarse por un enfoque e intentar llevarlo a cabo. Pero quienes administran la cultura deberán aceptar que la realidad en movimiento es la que dibujará definitivamente los resultados. Una constancia saludable que impedirá la natural ansiedad por solidificar criterios, por pretender hacerlos perdurables y, fundamentalmente, por trazar destinos prefijados.

## El autor

Director Nacional  
de Cultura del  
Ministerio de  
Educación  
y Cultura.

En cierta época supimos compartir el sueño de la popularización de las expresiones culturales más afinadas. Queríamos hacerlas llegar hasta el último rincón del territorio, ir con la cultura adonde estaba la gente. Pensábamos que, con la infraestructura necesaria, todo sería tan simple como acercar el arte a la esquina de cada casa y esperar la segura bienvenida.

De tales sueños y en medio del entusiasmo que provocaba la vuelta a un sistema democrático surgieron iniciativas como el circuito cultural que se propició desde el municipio capitalino. Aprendimos que no era tan sencillo como habíamos sabido soñar. Fue exitoso, sin duda, pero de un éxito que correspondía a una época y a un momento. Trascendió luego en lecturas superiores a la de un simple evento, fijó las bases del Departamento de Cultura y detectó una apetencia de la gente, su necesidad espiritual. Nuestros artistas habían estado de visita por los barrios, aplaudidos en muchos, sufriendo la indiferencia en otros.

Pero no era siembra y, consecuentemente, no habría cosecha: ¿Tenía que haberla? ¿La cultura es un fin? ¿Debíamos fijar sólidamente nuestros objetivos e insistir con tozudez en alcanzarlos? La sospecha de que la cultura era solamente un caminar sin objetivos demasiado precisos, de que esos objetivos precisos justamente podían hacer naufragar las más ricas expresiones, comenzó entonces. Fue comprendida por buena parte de nuestro medio cultural y por los medios culturales del mundo en general. Caía el de Berlín y otros tantos muros que convertían los caminos en callejones sin salida.

Comenzábamos también —hace más de una década— a plantearnos lo que por entonces podía ser novedoso y hoy en día se ha convertido en bienvenida certeza: era fundamental entender la cultura en su carácter antropológico, abarcador de todas las acciones humanas. Que lo es, sin duda, pero también puede convertirse en peligrosa coartada para la gestión cultural del estado: al que mucho abarca... poco se le entiende.

Al abrirse tan ampliamente el abanico de la actividad cultural en la totalidad de usos y costumbres humanos, desde cualquier gestión cultural se haría necesario incluir todo lo que concierne a la administración de la sociedad. Todo es cultura: salud, vivienda, trabajo, educación, ambiente, economía, seguridad; todo se incluye en la visión antropológica.

Fue de extraordinaria utilidad tenerla en cuenta, pero no había otro remedio que ceñir sus alcances. Se hacían necesarias nuevas búsquedas y ajustes a diversos temperamentos. Los estados saben asumir sus diferentes especificidades, a cargo de gestores específicos.

¿Cuál sería la especificidad de los administradores culturales? ¿Qué es lo que la gente asocia inmediatamente a la palabra *cultura*? Las expresiones de todos y de cada uno. Más aún las más afinadas síntesis de esas expresiones, eventualmente reflejadas en la tarea de sus artistas.

Parece importante, entonces, definir tres campos precisos:

— En primera instancia, el patrimonio expresivo de una población. La arquitectura como testimonio de diferentes etapas de su historia, los archivos y bibliotecas que conservan voces y hechos vivos de cada época, los museos que preservan su continuidad cultural.

— En segundo término, lo que la gente está haciendo en el propio momento de la gestión, las expresiones coyunturales. Estimular la actividad presente, contemporánea. No todo se convertirá en patrimonio, muchas de estas expresiones actuales pasarán al olvido. Otras no. ¿Cómo saber cuáles? ¿Cómo elegir desde la contemporaneidad? ¿Quiénes son los árbitros, los gendarmes? ¿Quién puede discernir la capacidad que tiene cada una de esas expresiones de sintetizar este preciso momento y ese lugar exacto? Es extremadamente peligroso hacer la elección. Por lo tanto, debemos aceptarlas en su más amplia diversidad.

— Finalmente, el amparo a la posibilidad expresiva futura de nuestra gente, de su formación en diversas disciplinas artísticas. En esta formación, en la amplitud con que se encare y los espacios que se abran depositamos nada menos que nuestra capacidad de renovación, de crear vanguardias, de acompañar esos cambios que tantas veces no estamos capacitados para percibir.

En estos tres puntos no hay relatividad posible; siempre serán los que están y los que habrá que atender. La mejor de las veces, intentando avanzar, tomar la delantera del acontecer cultural. Siempre, buscando acompañar lo que sucede y vigilantes del olvido, del cuidado de lo que tenemos detrás.

Luego de la incursión antropológica que nos abre la cabeza hacia la importancia fundamental de la cultura en el desarrollo de los pueblos, no es fácil volver a las especificidades de producción y divulgación artística. Y tampoco es sencillo trazar una ruta de administración cultural, partiendo de la base de la saludable relatividad de las políticas culturales. Las posibles certezas están cercanas a un nuevo trío de opciones:

— Una, la de caminar. Moverse; abrir senderos, acompañar la dinámica de lo que sucede, tomar iniciativas.

— Otra, la de generar espacios. Multiplicar ámbitos de trabajo expresivo, posibilitar su intercambio, su enriquecimiento mutuo.

— La tercera y más importante, la de aprender a convivir, a tolerar. Es en el arte donde se hace más contundente la expresión de uno para la recepción de otro. Todos sabemos que esto no es fácil. La actitud espontánea no suele ser la aceptación de las diferencias de cada cual. Mucho menos de la expresión de esas diferencias en la fuerza de la expresión artística y nuestra capacidad de receptorlas. Cultura propiamente dicha. Aprendiendo esa actitud en el arte, se asimilará a lo que sabemos expresar naturalmente en la vida cotidiana.

Para este nuevo trío de opciones contamos, ahora sí, con una absoluta

certeza: son las que habilita el sistema democrático. Y democracia a secas, sin adjetivos complementarios. Aquí pedimos ayuda a Octavio Paz en su *Itinerario*:

*"Debe aceptarse que la democracia no es un absoluto ni un proyecto: es un método de convivencia civilizada. No se propone cambiarnos ni llevarnos a ninguna parte: pide que cada uno sea capaz de convivir con su vecino, que la minoría acepte la voluntad de la mayoría, que la mayoría respete a la minoría y que todos preserven y defiendan los derechos de los individuos... Bajo este sistema se puede vivir indefinidamente, aunque no señale ninguna meta a la sociedad ni proporcione un código de valores metahistóricos. Pero este sistema no contesta a las preguntas fundamentales que se han hecho los hombres desde que aparecieron sobre la tierra. Todas ellas se cifran en la siguiente: ¿cuál es el sentido de mi vida y adónde voy? En suma, el relativismo es el eje de la sociedad democrática: asegura la convivencia civilizada de las personas, las ideas y las creencias; al mismo tiempo, en el centro de la sociedad relativista hay un hueco, un vacío que sin cesar se ensancha y que deshabilita las almas".*

No podremos igualar la síntesis de Paz. Volvemos a nuestros modestos aportes inspirados, entre otros, en el gran poeta mexicano. Democracia a secas, convivencia y también, claro, vacío en las almas. Sobre estas bases debe hacerse la elección, sabiendo muy bien que será transitoria. Más allá de que pruebe fehacientemente sus éxitos, ellos estarán sometidos a su relación o comparación con otras cosas. Imposible asegurar la satisfacción de almas deshabitadas o de vacíos en las preguntas. Pero hay que abrir senderos para que cada cual emprenda su búsqueda. Generar espacios de convivencia, de respeto a las diferencias, de comprensión de la búsqueda del otro, distinta y muchas veces opuesta a la propia, espacios de tolerancia. Y aquí es necesario insistir en la expresión artística como instrumento idóneo, tanto para el que expresa como para el que recibe.

## II.

En lo institucional, con respecto a las intendencias municipales, el Ministerio de Educación y Cultura ha puesto especial énfasis en resaltar la jerarquía y la importancia que tienen las direcciones o secretarías de Cultura departamentales. Ellas son el ámbito natural y constitucional de promoción y articulación de los servicios y actividades culturales locales.

El MEC entiende que para lograr que todo el país conozca y disfrute de las más variadas expresiones de la cultura nacional como forma de reforzar nuestras

identidades, el relacionamiento activo, profesional y responsable con los municipios es una pieza clave de esta tarea.

A tal efecto se realizaron dos encuentros con los directores de Cultura de los 19 departamentos, el primero en San Gregorio de Polanco y el segundo en Las Cañas, Río Negro. Allí se consensuaron las políticas culturales a desarrollar en común, planes de trabajo específicos y se estructuró la regionalización cultural.

La formación ha sido la opción central de la Dirección de Cultura del MEC en todos los ámbitos de sus competencias, como camino para dinamizar la trama cultural del país entero.

La necesidad de lograr continuidad en el trabajo y poseer una evaluación permanente de él hizo que el instrumento elegido fuera la modalidad de programas:

1. En primer lugar se reestructuraron los servicios de la Dirección de Cultura, creando departamentos por área cultural, tendientes a que tengan proyección nacional. Ellos son: Artes Escénicas, Artes Plásticas, Literatura, Museos y, con un estatuto propio, Audiovisual (INA).

2. Se realizó una reformulación docente de los más de cincuenta talleres que el MEC lleva adelante en convenio con las intendencias.

3. El programa Cultura en Obra, que representa una temporada artístico-formativa de espectáculos y talleres en las ciudades del interior, realizó el año pasado más de cien eventos. En 1996 están en marcha más de ciento cincuenta, que además de teatro, danza, títeres, música popular y culta, incluye plástica y conferencias literarias, convocando a figuras y elencos relevantes de cada una de las disciplinas. El criterio de gestión que lo rige, con cobro de entradas a los espectáculos, permite formar un fondo destinado a la promoción del intercambio interdepartamental de artistas y grupos locales.

4. El programa Plan Piloto consiste en apoyo financiero a proyectos culturales de interés, realizado con criterios de selección en función de su impacto en el medio y en el nivel de profesionalismo de quienes lo realizan. A la fecha se han apoyado más de cuarenta proyectos en todo el país.

5. Se creó el Fondo de Apoyo a Eventos Culturales Departamentales, que implica la disponibilidad para las intendencias para utilizar rubros o espectáculos, para fortalecer sus propios eventos seleccionados. Este programa tiende a jerarquizar, racionalizar y prever demandas.

6. Impulso nacional a la formación en gestión cultural para multiplicar la capacidad de llevar ideas y proyectos a la práctica y mejorar el profesionalismo de productores y agentes culturales. En 1996 se concretó a través de cursos en Montevideo, a los que vinieron más de 280 personas de todo el país, y por la vía de la Cooperación Española viajan a Barcelona 25 becarios seleccionados de estos cursos. Para 1997 estamos previendo realizar un curso en cada departamento.

7. Organización de Encuentros Nacionales de Directores y Responsables

de Museos, Bibliotecas y Casas de Cultura, con el fin de intercambiar experiencias y articular soluciones para estas instituciones básicas y de primordial importancia del quehacer cultural. De estos Encuentros han surgido comisiones representativas que encaran planes de trabajo y acciones coordinadas, con participación de la Dirección de Cultura.

8. Censo Nacional de Cultura para constituir una base de datos informatizada de instituciones, agentes y promotores culturales de todo el país. Ésta permitirá conocernos, concretar un sistema de información cultural permanentemente actualizado y estar conectados a Internet y al Sistema de Información Cultural de América Latina y el Caribe (SICLAC).

9. La recopilación de normas jurídicas concernientes a la actividad cultural, tantas veces ignoradas en sus límites y ventajas, facilitará la acción de los gestores culturales.

### III.

Cada uno de estos puntos merecería una larga exposición, ofreciendo a ustedes diversos detalles, pero sería abusar de los objetivos de este encuentro. Solamente queremos insistir en un punto que nos parece de extrema importancia: la inserción de nuestra cultura en el espacio del Mercosur y, a través de él, en el mundo todo.

La tan mentada globalización puede conducirnos a confusiones peligrosas. Es posible percibir en muchos actores sociales, tanto el temor a la pérdida de los propios valores como el desatado entusiasmo por la perspectiva de una ampliación de públicos. Ambos tienen razón: es un riesgo, pero también una oportunidad.

Creemos —siempre en el entendido de la saludable relativización de toda política cultural— que es a través del fortalecimiento de una trama que cuide y respete las regiones específicas, que podremos disfrutar el dar y el recibir sin miedo alguno a presuntas invasiones culturales.

¿Qué es lo que quieren ver de nosotros el Mercosur primero y el mundo después? ¿Acaso una provinciana imitación de lo que se hace mejor en otras partes? Seguramente no. Quieren vernos a nosotros. Quieren ver expresadas en un escenario, en una tela, en una danza, en una canción, nuestras particularidades, quiénes somos y cómo vemos el mundo. Desde aquí, desde nuestra ciudad, nuestro barrio, nuestra esquina, nuestra aldea. No es novedad alguna, claro, sucede lo mismo con Cervantes y su hombre de La Mancha, justamente de ese barrio; con Van Gogh, Bach, Caetano Veloso, Woody Allen, Florencio Sánchez o Benedetti, por citar unos pocos. Todos ellos expresan lo que son y su entorno, es

con ese equipaje que fascinan al mundo.

No sería otra cosa que una falsa oposición hacer antagónicos los propios valores y lugares con su proyección hacia el mundo. Nunca lo fueron.

Será entonces a través del respeto a la particularidad de cada uno y a la calidad de su oficio de artista, divulgador, productor o gestor cultural que conseguiremos la mejor forma de estar en el mundo. Será entonces, insisto en ello, a través del tejido de una trama que fortalezca las regiones específicas que lograremos el fermento necesario para nuestras expresiones. No habrá invasión o neutralización posible si confiamos en nosotros mismos, en lo que somos cada uno, en la riqueza de nuestros diversos paisajes y de las mil formas en que conseguimos expresarlos.

Es esto buscamos trabajar en cada rincón de la república y abrir sin cesar los espacios necesarios. Nuestros éxitos de política cultural serán relativos, como queda dicho; habrá que relacionarlos con su momento y con la historia, en su permanente latido. Como siempre lo fue y lo será.

Tal vez resulte conveniente relacionar esta condición de relatividad con la discusión tan frecuente de nuestra identidad cultural. Existe una tendencia a "establecerla", a fijarla fuera del tiempo, a congelar los valores que presumimos abarca. Pocas veces logramos discutir esa identidad en movimiento, en permanente transformación, en plena vida.

Así se nos hará posible convivir con lo que cada uruguayo logre expresar de sí mismo y por sí mismo, aquí, ahora y después. Más allá de éxitos, fracasos o relatividades, en esa materia nunca será suficiente lo que se haga; siempre deberemos pedir más. Porque la cultura y la identidad se mueven y cambian y piden caminos.

## Resumen

*La política cultural no admite criterios perdurables, destinos prefijados ni objetivos precisos. Esencialmente dependiente de la dinámica social, es cambiante y relativa, a la vez que abarca todas las acciones humanas. Todo es cultura, pero tal amplitud es también riesgosa. El trabajo se pregunta por la especificidad de la administración de la cultura, aquella donde no hay relatividad posible, e identifica tres campos, relacionados respectivamente con el pasado, el presente y el futuro de una población determinada. En la segunda parte, el autor repasa una serie de acciones realizadas por la Dirección de Cultura del MEC con las direcciones o secretarías de cultura de las intendencias departamentales. Finalmente, se refiere al fenómeno de la integración transnacional y discute algunos conceptos relativos a la globalización, las particularidades locales y las identidades culturales.*